

estos. Ya he dicho que en mí el teatro era la pasión dominante; pero hacia mucho tiempo que no disfrutaba de este placer; la vida sedentaria que llevaba era demasiado monótona, para no acordarme de mis antiguas diversiones; y como las noches eran tan largas, creí que nada me arriesgaba saliendo y volviendo de noche á mi casa. Una de ellas dije á mi criado que se quedase en casa y me esperase en ella; y como la noche estaba muy oscura me determiné á ir á la comedia; tomé un billete, y me puse en el rincón mas oscuro del teatro. Por casualidad un ratero se habia colocado junto á mí; quiso robarme, mas le cogí con la mano metida en mi faltriquera, por lo cual no pude ménos de exclamar: *¡Ah pícaro ladrón!* Este quiso escaparse, pero yo le sujeté; el ruido llamó hácia nosotros toda la atención de la concurrencia; llegó la guardia, se apoderó del ladrón, y me mandaron que les siguiese para prestar mi declaración. Verificóse esta en el cuerpo de guardia, y concluida volví á entrar en el teatro, donde ocupé diverso sitio, porque el anterior lo estaba por otro. No dejé despues de conocer la imprudencia que habia cometido, haciéndome notar de todo el mundo; pero terrible casualidad será, dije para mí, que mis enemigos precisamente concurren al teatro en el mismo día que yo, cuando no he venido en tanto tiempo. Sin embargo de esta reflexion, me propuse tomar un fiacre al salir; pero me costó mucho trabajo, proque llovía y todos buscaban carraje. Al cabo pude apoderarme de uno; no quise decir en alta voz al cochero el lugar de mi domicilio, porque mi intencion era hacerle rodear un poco por las calles para deslumbrar á los que podrian seguirme, y le mandé que se encaminase á la calle de San Florentin. Obedeció el cochero; mas á breve rato noté que el fiacre se paró, el cochero desmontó, y me dijo que no podia proseguir, porque los dos caballos se habian desherrado, y uno de ellos estaba muy enfermo. Conocí que no era verdad lo que exponia, y así le amenacé, le rogué, pero en vano. Al fin, cansado de su obstinacion, bajé del fiacre, determinado á castigar al cochero, cuando dos ó tres hombres, que no habia visto, y estaban á la trasera del fiacre, se arrojaron furiosos sobre mí, y me metieron dentro de una casa. Clamé, pero en vano; quise usar del baston, única arma que tenia, y me lo quitaron, asegurándome que no era su intento hacerme mal, sino únicamente que hablase con les señores de la casa. — ¿Dónde están? — Subid.

Acompañáronme estos hombres, y entré en una sala, donde vi al hombre alto y seco, y á la mujer de la fingida restitution. In-

fames, les dije, ¿qué queréis de mí despues de haber seducido á mi cochero para esta maldad? ¿queréis mi vida? pues yo la venderé bien cara. — Solo os pedimos, dijo el hombre, una confesion sencilla y verdadera. — Aunque tuviera que hacerla, vuestra bárbara violencia me empeñaria en el silencio. — Monstruo, dijo la mujer con furibundos ojos, y sacando una pistola, habla, declara, ó de no hacerlo soy capaz de abrasarte las entrañas. — ¡Horrorosa persecucion! ¿qué queréis que os diga? Yo no puedo sino repetiros lo que os dije á cada uno cuando fuisteis separadamente á visitarme con falsas suposiciones. Estáis empeñados en que yo sea el Lonchamps que detestáis, no sé por qué; y ya os he dicho, y repito, que yo soy de una familia que ninguna relacion tiene con vosotros. — Siendo así, ¿por qué cada día estáis mudando de habitacion? ¿por qué os ocultáis con tanto cuidado? Sin duda alguno os aconseja y precisa á callar la verdad: ¿no sois hijo del Lonchamps que murió en Paris hace diez años, y la víspera de su muerte quemó todos sus papeles? Estos, estos papeles principalmente necesitamos saber si se quemaron todos, pues sospechamos que vos preservasteis de las llamas y poseéis los mas preciosos, de los cuales depende el honor de nuestra familia. Si tenéis estas horribles pruebas del crimen mas atroz, si están en vuestro poder, entregádnoslos y hallaréis en nosotros unos parientes afectuosos, en vez de unos implacables enemigos. — ¿Conque sois parientes míos?...

Casi iba á descubrirme, haciendo mil preguntas indiscretas, cuando reflexioné que estas gentes podian suponer cualquiera mentira, con ánimo de sondearme; y no hice mas que repetir que no conocia en Paris pariente alguno. — No quiere declarar, dijo el hombre; y la mujer añadió: Mr. de Lerval es quien le aconseja y protege. — ¿Mi tío? no es posible. — Ya es forzoso acudir al último recurso.

Al oír esto, me estremecí y mucho mas cuando me hicieron entrar en una gran sala entapizada de negro. En medio habia una gran tumba, y alrededor colgados varios retratos, en los cuales vi el de mi madre, que conocí por su semejanza con el que me habia dado en miniatura mi invisible. — Ved á vuestra madre, dijo el hombre: ¿podría desconocerla? (*Nada respondi.*) ¿podréis no reconocer en este otro retrato á vuestro padre? (*Lo era en efecto, pero proseguí callando.*) ¿y no veis en este á Mr. de Lerval vuestro tío?

Este último retrato era de un anciano, cuyas facciones se ase-

mejaban mucho á las mias, y desde luego conocí que era mi protector; le estuve mirando silencioso hasta que el hombre prosiguió: ¿No conocéis todas estas personas? ¿pues de qué sirve callar? os aseguro que no saldréis de aquí sin jurar primero que nos entregaréis los papeles que habéis hallado en casa de vuestro padre, y cuya continua lectura era el tormento de su vida. No hay remedio; sed sincero y confiado, y desde luego, abjurando nuestro odio, seremos vuestros mejores amigos.

¡Qué terrible situacion la mia! Impelido por una parte del deseo de conocer los secretos de mi familia, que estos podian revelarme, y por otra sometido ciegamente al plan de conducta que me habia prescrito el invisible Mr. de Lerval, no sabia qué partido tomar. Si hablaba, tal vez perdia la proteccion del hombre mas generoso, y probablemente me entregaba á unos mortales enemigos. Si callaba, encendia con mas vigor la cólera de estos, que á pesar de mis negativas estaban empeñados en que yo era el que en efecto buscaban. ¿Qué habia de hacer? Mi confesion casi estaba ya en mis labios; y tal vez me hubiera perdido, si mis dos contrarios no hubiesen oido en el cuarto contiguo una voz que los intimidó. Esta voz era la de mi favorecedor, que sin duda decia á algun criado de confianza: ¿Pero es posible que tengan tan poco juicio? ¿conque no dejarán en paz á ninguno que se apellide del mismo modo? Ya les he dicho que el Lonchamps que buscan, hace años que murió en nuestras colonias.

Despues de estas razones, pronunciadas con fuerza, se abrió una puerta, y yo esperaba ver entrar á Mr. de Lerval, lo que deseaba ardientemente; pero me engañó el deseo, y solo entró un criado muy viejo que en alta voz dijo á sus amos: Mr. de Lerval quiere hablaros á los dos en secreto.

Siguieron aquellos tigres al criado, y yo quedé solo en este lugar fúnebre, iluminado por una lámpara propiamente sepulcral. La tumba y los retratos fijaron mi atencion, particularmente el de Mr. de Lerval, que era mi tío, y sin duda lo era tambien de mis crueles enemigos. Ya comenzaba á descubrirse un poco este misterio impenetrable hasta entónces; se acababa de correr una pequeña parte del velo que me ocultaba los secretos de mi familia, pero ignoraba todavía los motivos que animaban contra mí á éstas perversas gentes. Aun en el supuesto de que yo poseyese los papeles que pedian, y que habian sido el continuo martirio de mi padre, ¿qué interes podian tener en quitármelos, y de qué era yo culpable para con ellos? En fin, decia yo, puede que vuel-

van con Mr. de Lerval; y sin duda toco ya en el desenlace de este maravilloso suceso. ¡Vana esperanza! Al cabo de una hora se me presentó el anciano criado, y me dijo que podia retirarme. — ¿Pues qué, no veré?... — Esta es la orden que me han dado; no puedo deciros mas.

Conocí que desagradaria á mi bienhechor si hacia preguntas, y hallando las puertas libres se fue á la calle, donde vi al mismo cochero y coche que me habia conducido á la casa de campo de mi invisible. Subid, señor, me dijo el cochero, y os llevaré á vuestra casa; acepté el ofrecimiento, y volví á mi casa donde hallé á mi pobre Fermin desesperado por mi tardanza. Referile este último lance, y me aconsejó que no saliese hasta tener para ello orden expresa de mi tío. Poco tardé en recibir un billete, donde me decia:

« Amado sobrino (porque y sabes quién soy) con mucha alegría te participo que tus desgracias van á terminarse: no tardarás en verme y te instruirás de todo. Mañana á las doce en punto irás á misa á los Carmelitas de la calle de Vaugirard, donde verás á una jóven, vestida de blanco, acompañada de una criada anciana en traje de luto. Hazte cargo de ella, pero no le hables. Pronto sabrás mis intenciones. »

Cumplí á la letra lo prevenido en el papel, pero no encontré en el sitio indicado á la jóven que esperaba. Ya iba á retirarme de muy mal humor, cuando efectivamente vi entrar una señorita como de diez y siete años, sobre poco mas ó ménos, con su criada vestida de luto; seguía sin afectacion: la miré mucho, y observé que ella tambien me miraba con atencion. Salió de la iglesia, yo la fui siguiendo un rato, y reparé que se volvió á mirarme repetidas veces, hablando al mismo tiempo misteriosamente con la criada. Bien podia haberla seguido hasta ver donde paraban; pero creí que esto sería ofender la delicadeza y confianza de mi tío, por lo que me pareció mejor echar por otro lado y retirarme á mi casa, donde esperé con impaciencia la explicacion de esta aventura. Recibí un nuevo billete de mi tío, que me preguntaba qué tal me parecia la señorita que habia visto, y si mi corazón se hallaba libre. Respondíle que, ocupado hasta entónces con mis infortunios, no habia tenido gusto ni tiempo para pensar en amores, que me hallaba con plena libertad de corazón, y que si alguna persona podia triunfar de mi indiferencia, sería seguramente la amable señorita que habia fijado mi atencion en el Cármen.

Entregué esta contestacion al que me habia traído el billete, y

apénas se fué, dije para mí : Yo creo que todo esto se reduce á que me case; mas no consentiré en ello, hasta que me expliquen el enigma que tantos años hace me atormenta... ¿Pero acaso presumiré que mi tío, que me ha dado tantas pruebas de ternura, quiera ligarme con las cadenas de bimeño, sin quebrantar ántes las de las desgracias que me esclavizan? Mi tío es demasiado prudente y experimentado para obligarme ligeramente á hacer una cosa de la cual depende toda mi dicha. Esperaré, pues, sin olvidarme nunca de que me ha encargado confianza ciega, sumision y docilidad. De este modo, me dijo, llegarás á perfeccionar tu fortuna; y parece se acerca ya este tiempo.

Por fin, dos meses despues llegó el tan deseado momento que debia fijar mi destino. Una mañana, que me disponia á escribir várias observaciones que habia hecho acerca de diferentes libros científicos que continuamente leia, quedé atónito de ver entrar en mi cuarto al cochero de mi tío que me habia conducido á la casa de campo. Señor, me dijo, de parte de vuestro tío vengo á llevaros; pero ántes es preciso que os sirváis recoger todo cuanto fuere vuestro, porque no volveréis aquí. — ¿Pues adónde me lleváis? — Nada temáis : os espera una dicha superior á vuestra imaginacion. — ¿Cómo?... explicadme... — Os suplico que no me hagáis pregunta alguna, pues no podré contestaros; el tiempo os dará á conocer lo justo de mi reserva, y la fidelidad de un criado que ama cordialmente á su amo.

En efecto, este cochero tenia una fisonomía tan franca, que anunciaba una completa probidad; no quise insistir preguntándole, llamé á Fermin, y acostumbrado á obedecer en todo ciegamente los menores preceptos de mi protector, ayudé á mi criado á recoger todo lo que me pertenecia. Saltaba de contento Fermin, porque estaba creyendo que iban á finalizar mis males; yo no tenia tanta confianza como él, y sin embargo su alegría disipaba mi agitacion é inquietud. Cuando todo estuvo arreglado, llamé á la mujer que me habia asistido, y me despedí de ella recompensándola liberalmente. Encontré á la puerta el coche pajizo, subí en él con Fermin, y el cochero partió como un rayo. Vi quesalíamos de Paris, y al cabo de algun tiempo reconocí la aldea de Bagneux que atravesámos, y al lado opuesto la casa de campo de mi tío, en la cual paró. Mi corazon sintió una extraordinaria alegría, porque pensé que venia á habitar en esta casa, donde ya ántes habia estado, y á conocer en ella al respetable anciano, cuyas facciones, aunque solo las habia visto pintadas, estaban profundamente gra-

badas en mi corazon. Me apeé, me recibió el viejo conserje, y me hizo entrar en la misma sala que ántes habia ocupado. Pregunté por mi tío, y me respondieron que solo en mí consistia el verle prontamente. — Pues si solo consiste en mí, decidme ¿qué debo hacer? Pronto lo sabréis. Trajo Fermin todos mis efectos á la misma estancia, donde me sirvieron un excelente almuerzo del que tambien participó mi criado, el cual me dijo al oído : Ánimo, señor, toda la casa está en movimiento, y creo que os preparan alguna gran funcion.

Aunque siempre admirado de la ausencia de mi tío, almorcé con buen apetito; despues se presentó el conserje y me dijo que le siguiera. Hícelo, y con grande admiracion mia, me llevó á una estancia muy separada del cuerpo principal de la casa, abrió una puerta y entré con él en un oratorio, donde hallé á un sacerdote revistiéndose para decir misa. Fermin, que tambien me habia seguido, se quedó hecho una estatua. Miétras yo examinaba várias personas desconocidas, sentadas en dos bancos que habia en el oratorio, por si entre ellas distinguia á mi tío, el sacerdote, dirigiéndose á mí, me dijo : Caballero : ¿estáis dispuesto á seguir enteramente la voluntad de vuestro tío? — ¿Pudiera yo hacer otra cosa, despues de tan repetidas finezas como le debo? — Pues sabed que sois amado de una jóven, que solo una vez os ha visto, y vuestro tío desea que sea esposa vuestra. — ¿Es posible?... — Yo, señor, solo he venido aquí para daros la bendicion nupcial, con las licencias correspondientes. — Á la verdad que el casarse sin saber con quién, es una cosa... — Vos obraréis segun mejor os parezca. — ¡Ah! ya penetro quién es esa señorita, y á la verdad sería preciso tener un corazon de hielo para no amarla. — Siendo así preparaos á la piadosa ceremonia que va á celebrarse. — Pero... — En ello consiste que hoy mismo acaben todos vuestros males. — ¿Y sabré?... — Todo. — ¿Y mi tío? — Ya le veréis. — ¿Cómo no está aquí? — Sed dócil, y se correrá enteramente el velo que tanto afan tenéis de alzar.

Iba á añadir otras preguntas, que manifestaban mi curiosidad é incertidumbre, cuando la jóven con quien querian casarme de un modo tan raro, se presentó con la misma criada que la habia acompañado en el Cármen. Estaba vestida sin profusion, pero con la mayor elegancia y decencia. Añadid á esto una figura bellísima, una modestia encantadora, y el virginal pudor coloreando su hermoso rostro; en una palabra, figuraos la mujer mas perfecta de la tierra, y tendréis una idea adecuada de aquella jó-

ven maravillosa. Enmudecí de admiración, y no pensé más que en la felicidad de poseer tantas gracias; ni aun tuve la curiosidad de preguntar su nombre. ¡ Ah, señor! dije al sacerdote, estoy pronto á contraer el lazo eterno: el premio de mi sumisión es muy lisonjero. Entonces el sacerdote dirigiéndose á la jóven, le dijo: Señorita, ¿estáis conforme en recibir por esposo vuestro á este caballero? — Mi obligación sobra para hacerme obediente; pero debo confesar que mi corazón me hace conocer un sentimiento nuevo, que hará sin duda feliz mi obediencia.

Dejéme embelesado esta respuesta tierna al paso que decente. Nos arrodillámos junto al altar, y el sacerdote formalizó la ceremonia; apenas pronunciámos el sí irrevocable, cuando se abrió una puerta, y salió por ella un anciano, que al instante conocí era mi tío. Corrió hácia mí, y estrechándome en sus brazos, exclamó: ¡ Por fin, ya no soy invisible á tus ojos! ¡ podemos vernos libremente uno á otro! Ven, amado Lonchamps, abraza nuevamente á tu padre. — ¿Á mi padre? — Hoy has llegado á ser hijo mio casándote con mi hija. — ¿Con vuestra hija? ¡ oh felicidad! — Sí, amigo mio: ved aquí descubierta una parte de mis secretos. Mi amada Lucía es la que acabas de recibir por esposa: dime, ¿era posible hacerte un regalo más precioso, y darte mayor prueba de mi ternura? — ¿Cómo la he podido merecer? — Á fuerza de docilidad y paciencia en tus infortunios, que desde este punto finalizan, porque este matrimonio te reconcilia para siempre con tus enemigos. — ¿Pero por qué?... — Acabemos lo principal; luego te contaré la historia más rara, y sabrás por qué he observado contigo tan extraordinaria conducta, de la cual, aunque fatigosa, quedo enteramente recompensado.

Mr. de Lerval, rebosando alegría, se puso á mi lado; el sacerdote dijo la misa; y cuando ya estuvo todo concluido, abracé á mi tío, á Fermin, al conserje, á todos: luego pasámos á una sala, donde entraron recado de Mr. y madama Dercour, que venían á ver á mi tío. Este me hizo entrar en un gabinete inmediato, diciéndome: Esta es la última experiencia de tu docilidad: te presentarás cuando yo te avise, y conocerás estas gentes á quienes trataré como merecen.

Entré pues en el gabinete, desde donde podía oír y ver cuanto pasaba. Entraron Mr. y madama Dercour en quienes reconocí á mis perseguidores. Perdonad, tío, dijo Mr. Dercour, si venimos tan tarde, porque nos han detenido negocios importantes. ¿Se ha celebrado ya la ceremonia? ¿está ya mi prima casada? — Sí, se-

ñor; y os confieso que admiro el poco interés que habéis manifestado en asistir á un acto en que consiste su felicidad. — Pero, señor, dijo madama Dercour, ¡ habéis hecho tal misterio en ocultar el esposo de Lucía!... Entre parientes creo que debe haber más confianza. Ignoramos absolutamente quién es el dichoso... pero pues le habéis elegido para yerno, sin duda será digno de toda nuestra estimación. — Sin duda, un hombre á quien he creído digno de ser esposo de mi hija, debe merecer vuestro afecto; bastante infeliz ha sido, vosotros habéis tenido la culpa. — ¡ Nosotros! — Vosotros. Es cierto que yo también le aborrecí desde que nació; pero después la edad, la experiencia, la razón y sus cualidades morales han desvanecido en mí un odio injusto. Sin dejar de ser fiel al juramento que hice á vuestro desdichado padre, he sabido conciliar la fe del juramento y la indignación que me inspiraban tantas desgracias, con la justicia, la delicadeza y la sensibilidad. En una palabra, he confundido todo el odio en un lazo que debe sofocar tan funesta pasión, adoptando por hijo á este jóven aborrecido, que ahora debe ser amigo vuestro. — Ese modo de hablar... ¿qué debemos pensar?... — Que el Lonchamps, á quien tanto habéis detestado, no ha muerto en nuestras colonias, como yo os he dicho; que vuestras sospechas acerca del que habéis perseguido, eran fundadas; que sin cesar he procurado destruirlas, temiendo que os arrojaseis á algún atroz exceso; y en fin, que este primo vuestro y objeto infeliz de vuestro enojo, es hoy esposo de mi hija. — ¿Qué oigo? — Preséntate, hijo mio: ven á hacer la paz con dos parientes injustos, que te amarían si te conociesen tan á fondo como yo.

Sali del gabinete, y al verme Mr. y madama Dercour se turbaron, perdieron el color, y no se atrevían á mirarme. Ignoro, les dije, los motivos que me han acarreado vuestro odio, pues al parecer me aborrecéis desde la cuna sin haberlo merecido. La Providencia, que nunca abandona á los inocentes, me ha proporcionado la protección del hombre más generoso, á quien debo el no haber caído en los lazos que me habéis tendido, y el no verme ya en adelante expuesto á vuestro furor. Mucho más le debo aun, pues mucho más es el haberme hecho dueño de tan digna esposa. Espero de vuestra justicia que me hagáis conocer los agravios para repararlos, ó que desde este punto olvidéis cualquiera motivo de resentimiento, como yo olvidaré mis justas quejas. Miradme como pariente y amigo vuestro, ó huid de mí para siempre: si no puedo atraerme vuestro afecto, soy muy capaz de

contrastar vuestra enemistad. — Pero, señor, los papeles... — Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado; y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas, sino que Lonchamps es mi hijo; ved si queréis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto, y exponeros á todas las consecuencias de mi indignacion. Ya me entendéis: responded.

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miraron; y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejámos alucinar de su hipocresía, pues se veían precisados á conducirse así por lo que luego sabréis; pero se portaron bastante bien todo aquel día que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa; y á la mañana siguiente Mr. de Lerval les enseñó una escritura que habia hecho algunos días ántes, por la cual les cedía la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los días de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de esta disposicion; y debo confesar que aunque los he tratado muy poco, nunca he experimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos días en la casa de campo, y volvimos á Paris, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses hace, amigos míos, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre: ¡ juzgad cuál será mi alegría! Mi padre y yo tenemos que comprar varias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os queda por saber de mi historia; pero mañana la referiré mi padre, y sabréis las desgracias de mi familia y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le tenéis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡ Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho tiempo ántes!

Calló Mr. de Lonchamps, y los hijos de Palemon abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respeto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto habia de verificarse á la tarde siguiente.

## TARDE LIII

### EL FALSO HONOR

No es mas honrado el potente  
De oropeles rodeado  
Y en el vicio encenagado,  
Que el artesano indigente,  
Á las leyes obediente,  
Padre amante y fiel esposo,  
Que á la patria hace gustoso  
Servicios de gran valía.  
Es mas honrado á fe mia,  
Y aun mas noble, el mas virtuoso.

Continúa la historia del hombre invisible.

Sentados al día siguiente bajo el emparrado, Mr. de Lerval empezó su narracion de esta manera: Hasta ayer, buen Palemon, no os conocia, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo; es decir, que en adelante podéis mirarme como un amigo fiel y sincero. No me habéis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacia demasiado honor; y cuando Lonchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debisteis mirar al hombre invisible, que le seguia por todas partes y le prescribia los preceptos mas extravagantes, como á un loco que reducía á prác-